



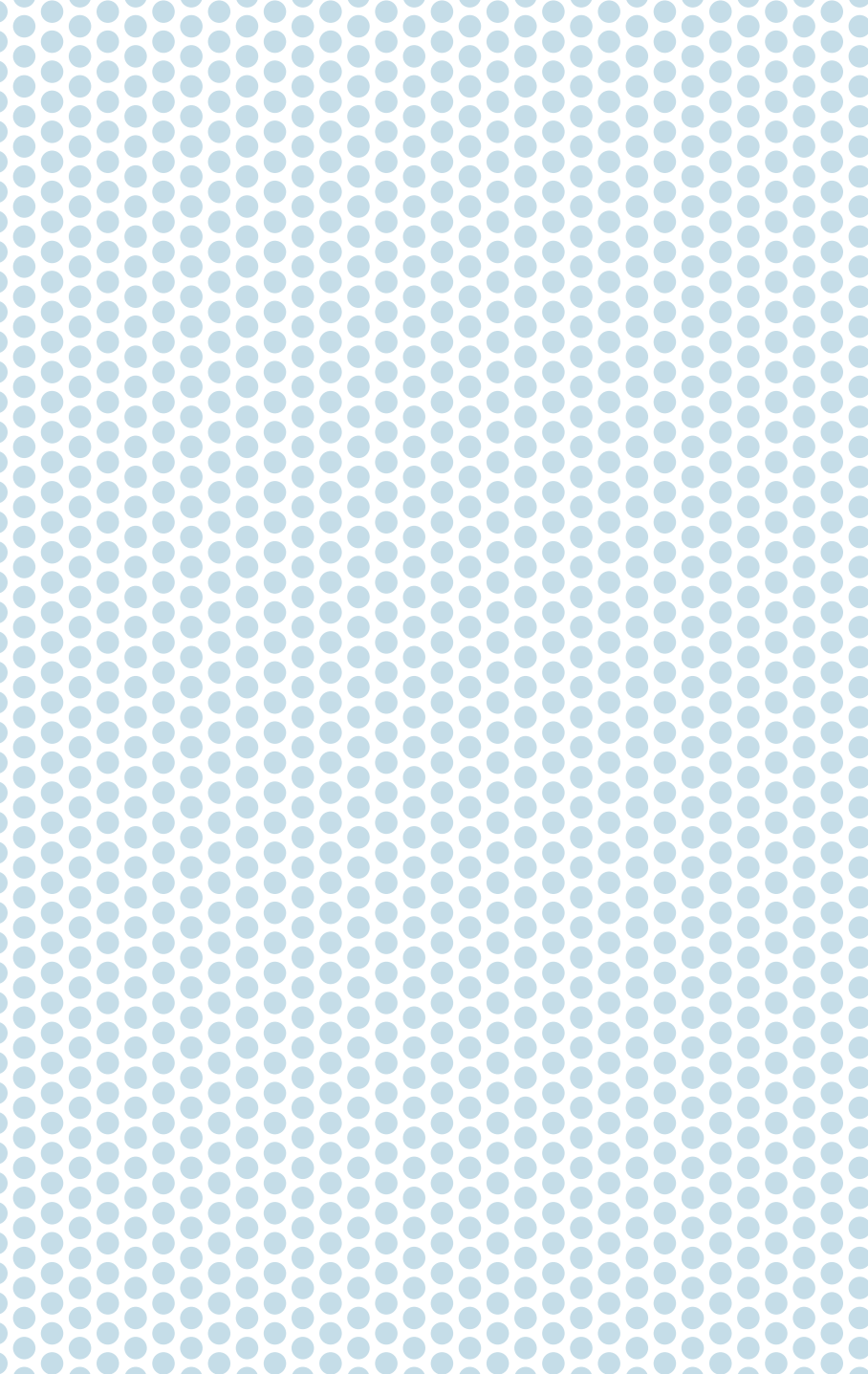
EL BARCO
DE VAPOR

El idioma de las lentejas

Álvaro García Hernández

Ilustraciones
de Fran Collado







EL BARCO
DE VAPOR

El idioma de las lentejas

Álvaro García Hernández

Ilustraciones de Fran Collado





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Paloma Muiña y Patrycja Jurkowska

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Álvaro García Hernández, 2018

© de las ilustraciones: Fran Collado, 2018

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-789-3

Depósito legal: M-19373-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis hijos.

He descubierto que estar con aquellos
que me gustan es bastante [...].

WALT WHITMAN, *Hojas de hierba*

● PREÁMBULO

EL LADRÓN DE BANCOS más famoso de América desapareció sin dejar rastro.

En su época se hizo famoso porque podía robar cualquier caja fuerte. No había banco que se le resistiera, ya que accedía a ellos de noche, cuando nadie lo veía, excavando túneles como un topo.

Durante años, la imaginación de los periódicos dibujó cuál sería su rostro, calculó los millones de su tesoro, incluso su escondite secreto, pero en realidad nadie lo conocía.

Así pasaron los años y los bancos, desvalijados unos y otros sin que la policía pudiera evitarlo.

Sin embargo, tras su golpe más sonado, tras robar el banco más rico de América, algo diferente sucedió: de repente, el ladrón desapareció para siempre, y con él, el escondite de su fabuloso tesoro.

Receta 1

PEGAMENTO DE MANO DE SANTO

Ingredientes:

- Agua caliente.
- Papel del váter.
- Harina.
- 1 huevo.

Elaboración: Mezclarlo todo, usar el papel como vendas y dejar secar.

Precauciones: Mancha. No remover encima de la cama. No tocar electrodomésticos con agua.

LA ABUELA ADORACIÓN se olvidaba de todo, hasta de su perro. Por eso, cuando lo veía, gritaba que un chucho se había colado en su casa, y enseguida se olvidaba otra vez.

Con nosotros también lo hacía, lo de no acordarse. De ahí que la abuela nos cambiara los nombres.

A mí me llamaba el Mellao.

Y a mi hermano, el Pequeño.

Aunque le rogamos de rodillas agarrados a sus piernas, papá nos llevó con la abuela Adoración en cuanto acabó el colegio.

–Pero si ni siquiera se sabe nuestros nombres –protestamos–. ¿Por qué no nos vamos con la caravana?

–Os lo he explicado mil veces: tienen que operar a mamá y este año no habrá caravana –nos repitió papá.

Mamá nos dijo que solo serían unos días y que nos teníamos que portar muy bien con la abuela.

A mí me dio un beso y a mi hermano, además, le regaló el san Pancracio.

El san Pancracio era un santo, pero mi hermano lo disfrazó de *ninja* y se durmió con él. El problema fue que, mientras mi hermano dormía, el san Pancracio *ninja* intentó huir, se tiró de cabeza al suelo y se rompió la mano.

Mi hermano nos despertó a gritos.

La abuela Adoración vino corriendo, pero, como corría tan despacio, a mitad de pasillo se olvidó y se volvió a la cama.

–Todo tiene arreglo, ya verás: lo pegaremos y no se notará nada –intenté calmar a mi hermano.

–¡Eso es mentira, no tiene arreglo! ¡Además, no tenemos pegamento! –lloró mi hermano.

–Sí que tenemos, te lo prometo. Mamá me ha dejado... un caldero mágico para hacer pócimas. Y podemos hacer pegamento –me inventé.

–¡Eso es mentira, te lo estás inventando! –acertó mi hermano.

–Que no, te lo juro. Tú deja de llorar y espérate aquí. Yo traeré el caldero porque lo tengo escondido.

–¿Dónde? –dudó mi hermano.

–Ahora vengo, tú deja de llorar.

La casualidad hizo que, en ese momento, la abuela Adoración saliera del váter con un caldero blanco con asas. Cosas que pasan.

–¿Qué miras, Mellao? ¿Esto es tuyo? –me preguntó.

–Sí –le mentí.

¿Cómo iba a saber yo que eso era un orinal?

–No parece un caldero mágico de pócimas –sospechó mi hermano–. Y huele a la abuela Adoración.

–¿Es que has visto muchos calderos mágicos?



–No –reconoció.

–Pues entonces –me senté en la cama–. Ahora voy a abrir mi libro mágico para buscar la receta del pegamento –dije sacando algo de mi mochila.

–Mentira, esa es tu libreta de los deberes –desconfió mi hermano.

–Eso es lo que tú crees –le dije yo mirándole a los ojos–, pero en realidad lo que escribo son pócimas.

–Pues aquí pone tu nombre y tu curso: 3.º A.

–A ver, ¿y qué pone aquí? –le enseñé yo una página.

–Yo solo sé leer mayúsculas –protestó mi hermano–. Tengo cinco años.

–Pues eso, que no son deberes, que son pócimas –concluí yo.

–¿Y tienes una pócima para hacer pegamento? –se animó mi hermano.

–Sí, mira, lo pone aquí –le señalé un párrafo–. «Pegamento de mano de santo. Ingredientes: agua, harina y un huevo».

–¿Y cómo se hace?

–Pues así: tenemos que echarlo todo, sin manchar mucho... –expliqué yo poniendo el orinal y los ingredientes encima de la cama.

–Se me ha caído un poco de harina en la colcha –me confesó mi hermano.

–Ya, no pasa nada. A mí se me ha caído un poco de huevo –le confesé yo–. Límpialo con agua.

–Se queda peor –comprobamos los dos con las manos sucias.

–Pues luego le damos la vuelta a la colcha –solucioné yo.

La abuela seguía durmiendo.

–¿Y ahora qué?

–Ahora hay que mojar el papel y le vendamos el brazo al san Pancracio –le expliqué–. A ver, sujeta.

–Se me ha caído un pegote de papel del váter en la colcha –me confesó mi hermano.

–Ya, no pasa nada. A mí también. Coge otro –le dije yo.

–También se me ha caído.

La verdad es que era muy difícil sujetar el caldero encima de la cama, que el san Pancracio se quedara de pie y ponerle las vendas de papel en el brazo sin que se le cayera una y otra vez la mano al suelo. Parecía que no quería que lo curásemos.

–Espera, sujeta tú el caldero –le propuse yo–. Que no se te caiga.

Pero mi hermano no pudo sujetar el caldero y se derramó todo el pegamento encima de la colcha.

–¡¿Qué haces?!

–Ha sido sin querer –dijo mi hermano.

–Pero has tirado todo el pegamento en la cama.

–Pero ha sido sin querer.

–Vale, no pasa nada. Se ha quedado un charco aquí en la colcha. Aún se puede mojar papel. Moja tú también. Luego ya meteremos todo en la lavadora y seguro que la abuela no se da ni cuenta.

–¿Está ya? –preguntó mi hermano con todas las manos pegajosas.

–Sí. Ahora hay que dejarlo aquí para que se seque –dije yo poniendo con mucho cuidado al san Pancraccio en la ventana–. Y luego le pintamos el brazo con rotulador y se quedará igual.

Y lo dejamos secarse en el alféizar. Y nos fuimos a meter la colcha de lana de la abuela en la lavadora.

–En cuanto la lavadora acabe, el san Pancraccio se habrá secado –calculé.

El problema fue que, después de media hora dando vueltas, la colcha de la abuela se había encogido tanto que salió... ¡tamaño cuna! Y encima la pasta de pegamento, en lugar de irse... ¡se había pegado por dentro de la lavadora como un chicle!

Mi hermano me sujetó la colcha y yo metí la cabeza en la lavadora. Aquello no tenía buena pinta.

–¿Tú crees que la abuela se dará cuenta? –dudó mi hermano.

–La abuela, no –dije yo–. Pero papá, sí.

–¿Y qué podemos hacer?

–Pues... déjame que piense... A ver... ¡Ya lo tengo!
¡La solución perfecta!

–Ah, ¿sí? ¿Cuál?

–Si estropeamos todos los electrodomésticos de la abuela, papá pensará que ha sido ella porque no se acuerda, y encima de librarnos del castigo, volveremos a casa.

Nunca debimos hacer eso; nunca hay que estropear, romper, mentir y engañar, porque está mal. Si se te ocurren esas malas ideas, solo te puede salvar un hermano pequeño responsable que te recuerde que eso está mal, muy mal.

–¡Genial! ¡Venga, vamos!

Por desgracia, yo no tenía ese tipo de hermano.

Metimos los geranios del balcón en el congelador. Mal. Metimos la manguera del agua en la nevera y cerramos la puerta. Muy mal. Metimos todos los detergentes de la abuela en el horno y lo encendimos en modo «asar pollo». Fatal. Por último, nos fuimos a nuestro cuarto para ver si se le había secado ya el brazo al san Pancracio.

–No lo toques –le decía.

Y mi hermano escondía su mano. Para luego volver a sacarla.

–Que no lo toques –le repetía.

–Que lo dejes –le repetía.

–Que no lo toques –le repetía.

–No lo toques...

–¡Que ya está, tete! ¡Está duro! ¡No se mueve!
¡Mira! ¡Lo has arreglado! ¡Eres el mejor!

Mi hermano pequeño tenía razón. Habíamos curado al san Pancracio. El brazo escayolado se le quedó tieso señalando al cielo. Mamá también tenía razón: si tienes buena intención, todo se puede arreglar.

–¡Eres el mejor tete del mundo! ¡Tenemos un orinal mágico! Ya verás cuando mamá lo vea –me dijo sonriendo.

En ese momento se oyó el primer grito de la abuela. Que fue nada más entrar a la cocina y ver el horno echando espuma caliente por la puerta. Por suerte, la abuela no abrió la puerta de la nevera, sino que llamó a papá al trabajo y papá le dijo que no tocara nada, que se podía electrocutar, que él venía corriendo. Pero que se fuera a nuestro cuarto y no nos dejara escapar. Por si acaso...

Cuando papá llegó, corriendo, la espuma caliente del horno ya estaba saliendo por el pasillo.

Inmediatamente quitó la electricidad para que no nos electrocutáramos, y entonces sí que entró en la cocina y abrió la nevera, de la que salió un montón de agua que se escapó por el pasillo y se fue como un río escaleras abajo.

–Os lo voy a preguntar una sola vez: ¿ha sido la abuela o habéis sido vosotros?

–¡Han sido ellos! –contestó la abuela rápidamente.

–¡Ha sido ella! –contestamos nosotros sorprendidos.

Papá nos miró a los tres, la cocina, al perro salchicha lamiéndose la... Respiró hondo y dijo:

–A usted, abuela, no le puedo decir nada porque no sé si ha hecho algo. Pero a vosotros, por todo lo que me va a tocar arreglar a mí ahora, os castigo a limpiar todo esto y, además, os retiro el privilegio de quejaros de la comida. Nada, cero –insistió papá viéndonos las caras–. A partir de este momento, todo lo que os ponga la abuela en la comida o en la cena os lo tendréis que comer porque podíais haber provocado un accidente muy grave. ¿Me habéis entendido? No volváis a encender ningún electrodoméstico, ¿está claro?

–Está claro –dijimos los tres.

Y miramos a la abuela y ella también nos miró, y sonrió.

A lo mejor la abuela sabía más de lo que pensábamos...

Pensábamos que en unos días regresaríamos a casa y nos iríamos al *camping* con la caravana. No teníamos ni idea de todo lo que iba a suceder nos aquel verano, encerrados en casa de la abuela Adoración.

No podíamos imaginar que ya nada volvería a ser igual.

Mientras tanto, en un lugar oculto del edificio...

—¿Y dices tú que son dos?

—Sí.

—¿Y que no tienen nombres?

—No.

—¿Y que tu madre te ha dicho que, si te vuelves a escapar, te castigará?

—Sí.

—¿Y te vas a volver a escapar para contarme estas cosas?

—Claro.